

«SHABAZZ» CON ABADDON

A Ernesto Sábato, con admiración.

A Tírso de Frutos, con amistad.

Los necios alaban lo que no comprenden.

MIGUEL DE CERVANTES

Fui salamandra en sustentarme ciego.

FRANCISCO DE QUEVEDO

*Un escritor argentino es tan descendiente
de Berceo y de Cervantes como un escritor
de Madrid.*

ERNESTO SABATO

NO TODA ES VIGILIA LA DE LOS OJOS ABIERTOS

Aunque es cierto que Lucas Sicardi cruzaba por los días de claro en claro y, en sus noches de turbio en turbio, se dedicaba a cazar notas musicales. Ponía sobre el giradiscos los círculos, se hacía la idea de deambular aún por la ciudad e imaginaba los neones. Casi siempre, terminaba sugestionado mediante la música, jazz de todas las épocas. Creyéndose en *Hot Club*, recordaba a su amigo Winkler, muy bebido. Tocaban *Autum Leaves* cuando uno de los empleados roció el ambiente con un insecticida fortísimo. «Las moscas muertas», rió Winkler, colocándose en posición de ejecutante. Pero este otoño las hojas no acababan. El calor, el sudor frío en el rostro y las manos, el dolor antiguo del costado, hacían todavía que la espera fuera más angustiada. Se levantó de la mecedora cuando sonó el automático y, meticoloso, limpió Shabazz (1), giró el mando, comenzó a romperse el silencio.

TENÍA QUE ESCRIBIR UNAS PAGINAS SOBRE SABATO

Pero la cuestión era cómo. Entre objetivismo y subjetivismo, a Lucas Sicardi se le atragantaban los juicios críticos, los largos comentarios sin humor ni amor. Prefirió escuchar la endiablada batería mientras rememoraba. En los últimos años, debido a una serie de acontecimientos, no tuvo demasiado tiempo libre, obsesionado por salir de la ciudad. Después, aquella casona inmensa tuvo que ser acondicionada. Hacía pocas semanas que disponía del estudio y hasta hoy estuvo colocando los libros y los discos.

(1) Shabazz. Disco Atlantic distribuido por Hispavox. HATS 421-165. Madrid, 1975. Billy Cobham, percusión.

HABÍA RECIBIDO POCAS CARTAS Y NINGUNA IMPORTANTE

Aunque sí un comentario de una vieja amiga, invitándole a escribir de un modo menos elitista. Anotó en un folio:

«En realidad amada no escrito todavía mi libro debes entender mi postura pues nunca escribí nada para ti o al menos única y exclusivamente para ti por tanto puedes guardar tus opiniones incluso cuando yo mismo te las pida que nunca suelo mira y fía de lo dicho por otros al respecto y en fin que no me preocupa demasiado tu opinión tu teoría sobre el arte para pueblo llano o arte del pueblo así como arte para iniciados arte elitista dejemos el asunto pues nunca creí en música para grillos o en literatura para analfabetos eso es lo que creo preferirías hiciera.»

EN LA PENUMBRA PODIA ESCRIBIR

Lo había hecho en peores sitios desde luego, incluso en el cuartucho de la pensión, lleno de cucarachas. Seguía pensando y escupiendo vocablos sobre el folio:

«Cuando ciertos críticos apoyan con rimbombantes palabras su tesis dicen Schönberg Bartók Stockhausen Xenakis y luego añaden y no ceden ah sí la más bella música desentendida de problemática espiritual ah música pura socialmente estéril ah imbéciles críticos apocalípticos críticos pedantescos siguiendo sus ondas siguiendo su parla veremos que Joyce no cumplió funciones y acaso que Proust consiguió únicamente un gratuito enorme despilfarro de tiempo perdido.»

ESTOS SERES SIEMPRE HABLANDO DE SABATO

Y cada día estoy más convencido: no leyeron más que malentendiendo y, además, suponiendo que leyeran a Sábato. Recordaba Sicardi a un tucumano que, afirmando haber leído a Sábato, comenzó su retahíla inconexa y autosuficiente hablando de la Maga, del músico negro creado por amor a Coltrane y, por tanto, llamado muy lógicamente Johnny. «Debe haber más de un Sábato», había gruñido, entonces, Sicardi. Pensó en el Bruno de Cortázar y en el Bruno de Sábato. Pensó en el *Sabato* de Abaddón, ese *Sabato* sin acento ortográfico.

En fin que el amor y la gloria no son compañeros y existen desde siempre horribles lectores.

Continuó añadiendo en el folio, ahora ya sin cuidado.

«Ay de la música convertida en sierva / ahora que escuchas saxos y desgranadas / lágrimas y traspies andas con fuego / sueñate poco mira tu mirada».

Anotó únicamente para terminar el rito cotidiano. Aparece viejo su cuerpo antes de reconciliarse con la existencia. Intenta dormir después de tanto tiempo («me gustaría estar dentro de una caja de música no en un ataúd»).

ARTE DEL PUEBLO, ARTE PARA EL PUEBLO

Continúa volteándole la vigilia, obligándole a divagar:

«La cabeza, me duele la cabeza. O el hígado. Adivina. Después de tantos siglos hablando del corazón y de la luna, ahora resulta un poco cursiloteo volver a las andadas. Si las enfermedades, incluidas las venéreas, hubieran podido descubrirse a tiempo, no se hablaría del milagro de ciertos bardos que, seguramente, jodían, padecían, por ejemplo, sífilis. Debido al *business*, ahora todo se embrolla: lo mejor es cuando la veo desnuda y hermosa, a veces con la falda a medio muslo y el cabello en esa especie de cascada limpiísima, oliendo como huelen los perales de su terruño, el membrillo en septiembre. De todos modos resulta un inconveniente. Pienso como si estuviera escribiendo y me fastidia bastante. Debe ser una deformación. De veras, he de decir por escrito todo esto, mañana, no, mejor ahora, antes de que, como en otras ocasiones, lo olvide. Después de releído debe resultar a distancia. Me diría que no hay tanto camino, que por qué no he ido a recibir sus abrazos. Deja, deja y aguarda, espera tranquila. Prefiero tenerte así, fingida, pero entera, en sombras, pero mía, únicamente mía porque así única eres, recreada eres y muy dentro de mí. Total, perfecta. Que este amor renaciera yo esperaba para sobrevivir. Espera. La barca. Veo que ha llegado a puerto. Ha perdido maderos. Velamen. Pero ya está varada. Jornal de precio justo pagaré. El astillero. Tuyo es. Es tuya la medida. Y bajo el agua tuya, o sobre tu oleaje, escribo porque siempre me rozas; cuando a mi lado yaces con tu pierna en la mía, cuando acaricio en trance tu costado, cuando, como un descuido, me tocas con el pubis, un borbotón de besos se me escapa y estalla entre los libros y la música. Como un vino delgado saboreo tu existencia. Prendida ya en los muros de estas habitaciones, tu nombre se alza y vibra con la aurora. Prolonga así, tiñendo, los ocasos. La herida y el vendaje, la pomada y el bálsamo, dulce recuerdo tuyo donde antes nada había. Ah, duer, duer, duerme. Ahí está ese infame abejorro; fastidio como siempre. Luego el jodido tiempo. Ese insecto está capacitado para convertir en disturbio lo que, hasta hace poco, no ha sido más que silencio roto

por la música: paz. Posiblemente entró por la ventana y tendré que hacerle salir con el pañuelo. Y ahora a ver si encuentro el pañuelo. Olvida el asunto. La cosa está clara. Ahora que hago memoria, su rostro es extrañísimo. Sí, puede que no sea el suyo, sino el de una de Las Hilanderas; no, claro, la de espaldas debió ser tan hermosa que ni Velázquez se atrevió y mucho menos Claudio Rodríguez, aunque Claudio, sin miedo, dijo lo que veía, entreviendo: la camisa, la espalda, el brazo y el destello de las manos, la nuca y el cabello trenzado en limpio moño. Los poetas deben llevar dos mitades en el sitio donde otros llevan el cerebro. No hago más que dar vueltas. ¿Por qué no me tomo un trago?»

ERA CASI DE DIA CUANDO LOGRO CONCILIAR EL SUEÑO

Y había seguido fijo en sus pensamientos, obsesionado, escuchando a Charlie Parker y pensando en *El Perseguidor*, en el Bruno de Sábato y en el Bruno de Cortázar. Se desdoblaba confundido, convertido en dos Sicardi, hasta olvidar su cuerpo.

... pero tras acabar con la botella de «100 Pipers» ya no supo si descifrar la muerte del goliardo Carl Orff o la resurrecta, aunque deshilvanada, figura de un Sábato que se zambullía peligrosamente en un túnel bifurcado: la crisis de la novela y la constante recreación de una novela de la crisis etcétera, ya que él, ya que Giacomo Giovanni Cardisi y Francesca, no era otro que Lucas, Lucas Sicardi, sin saberlo, pues el alcohol gasta bromas pesadas a los tipos atiborrados de árboles genealógicos, teorías macrobióticas, incursiones en la parapsicología y el *body art*, y además, exposiciones, homenajes, conferencias, conciertos, recitales, lecturas. Resultaría obvio —quiero decir, Sicardi, de poder, diría «resulta obvio»— que todo fuera sueño, pero Cardisi y Sicardi no son nombres totalmente simétricos y menos capicúas. Y si Giacomo iba por Leopardi, Giovanni debía ser por Papini, no pudiendo ser menos certero decir que ese Francesca se debería, si seguimos el camino emprendido, al gran Pier della Francesca. Aunque así, la teoría adolece de, es decir, le falta que, porque no puede negarse, por supuesto, lo inaudito del caso: si hubo suicidio, no pudo haber asesinato ni muerte natural. Yo lo veo demasiado claro, tan claro ... en fin, como el agua ... a pesar, como digo, de las aseveraciones de Sicardi, que ahora hubiera añadido alguna frase del refinado W. M. Thackeray, sobre pedantes, añadiendo que los tópicos nos hacen olvidar, que su pasión por el *jazz* nada tenía que ver con el *music business*, que ciertos condicionamientos, en lugar de liberarnos, nos condicionan, jorobándonos, haciéndonos caer en la inmensa trampa del consumismo ...

porque así es Sicardi. Tengo la certeza de que el invento de Cardisi no fue más que un error a la medida de sus sueños. El se equivocaba bastante. Seguramente quiso cargar misteriosamente su sentido onírico y cargó un arma. Tal vez, destino suyo, al cargar esta arma confundió las cajas y, en la recámara entraron proyectiles mortíferos en lugar de balas de fogeo. Si hablamos de asesinato, lo cierto es que Cardisi murió asesinado por él mismo. Si ello no es un suicidio, tampoco está mal para un aficionado. Que Sicardi poseyera en ocasiones, y no es poco, unas ganas terribles de reír y de pasar al cachondeo patafísico, nada prueba en contra de su personalidad: era maníaco-depresivo. La teoría y la práctica nos dicen que existen demasiados seres con esta personalidad conflictiva, individuos de apariencia y conducta normales si estudiamos durante breve tiempo su línea de conducta, porque son, precisamente, los estados de depresión y euforia cíclicos los signos de estas personalidades enfermadas por el medio.

PERO HE AQUI QUE EL SEGUIA DORMIDO

Ajeno a todo y sin ocurrírsele que su afición a Kafka iba a conducirle a este agujero. Toda la teoría de su muerte tuvo el alma en vilo —literalmente— de modo que pudo observar con sus propios ojos —extrañísimo: recién nuevos: había desaparecido la miopía, ya se sabe, o la vista cansada tras los años de pensión leyendo bajo la lucecita abominable por miedo a la huésped esférica con ganas de joder la vaina— observó, lo repito, su cuerpo allá abajo, en la cama, rodeado de curiosos, rodeado de imbéciles, rodeado de ... volvamos al hilo del ovillo, la a veces liada madeja nos hace desvanecer y luego todo puede resultar muchísimo peor.

EL TUNEL, EL TUNEL, SE DECIA

Y para distraerse repetía «ciego, m.shio, forfait, águila, pato», recordando a Fernández, intentando cuartetos como las que acostumbraba: por julepe hizo boleta / por berretín una indiada / por manyar chantaje. Y cada / oriyano furle meta». Nunca conseguiría escapar y tampoco sentía miedo. La luz, muy brillante, al fondo, parecía un guiño apocalíptico desde la lejanía. Pero mientras más se acercaba era más grata la sensación y más liviano el camino a vuelo. Vayamos a saber si eso quiso decir Lucas Sicardi, pero algo sí es cierto: comenzó una liantina pegajosa cuando la doctora le golpeó el rostro con violencia, un rostro pálido, pálido, más pálido que nunca: ya es decir. La mujer fonendo preguntó si las había pasado mal.